

La alienación mental en la raza india

POR EL DOCTOR
HERMILIO VALDIZAN

I

Comparando el pasado y el presente de nuestra raza india; observando el doloroso contraste entre la obra gigantesca por ella realizada en los días legendarios del *Imperio de los Incas* y la obra menguada que ella realiza al presente, surge imperiosa la invitación al estudio de las causas generadoras de la trágica caída de esa densa agrupación de hombres.

Admirable raza vigorosa, señora del Continente, que llevó muy lejos de sus fronteras, al mismo tiempo que el dominio de sus monarcas, la influencia avasalladora de sus ritos, de su lenguaje y de su arte; ella vive un presente de "envilecimiento llevado hasta el servilismo" (VERNEAD). Olvidada del vigor pretérito; extinguido en ella el viejo espíritu conquistador; tímidamente conservados los rezagos de sus expresivos idiomas y de su arte admirable; la raza india sufre en silencio la acción nociva de los agentes que se sumaron y continúan sumándose en el determinismo de su trágica caída.

En el fondo del cuadro desolador ofrecido por esta raza que ha reemplazado las tiernas quejas a las vibrantes protestas y que, como harta de lanzar el dardo guerrero, llora su desventura en la doliente monotonía de la *quena*, hay algo que impone la empresa humanitaria y de reparación social en bien de la raza india: hay el hecho admirable de la *supervivencia*.

Durante siglos, la raza india ha debido sufrir, víctima

indefensa, la acción nociva de muchos elementos hostiles. Sufrióla rudamente durante la conquista, llevada a término venturoso por esforzados guerreros que así desconocían el miedo como la piedad para el indio. Sufrióla, asimismo, bajo la administración colonial, una de cuyas pintorescas características está constituida por la dolorosa realidad de la explotación del indio en el cultivo de las tierras y en el laboreo de las minas coexistiendo con los generosos idealismos de una legislación ejemplarmente tutelar. Sufrióla, finalmente, en los días de la república, que pudo tener para el indio tanta o mayor generosidad *legislativa* que el virreinato; pero que, en el hecho, mantuvo la situación lamentable del elemento aborígen.

La raza india ha sobrevivido a la acción verdaderamente letal de todos esos factores: ella permanece en pie todavía y parece en espera de la palabra leal que la invite a marchar y de la acción eficaz de su incorporación a la obra común. Y una raza que no ha sucumbido a la acumulación de daño tan sin tregua y tan grave; una raza que ha desafiado heroicamente tanta adversidad, revela en el hecho de su supervivencia, la legitimidad magestuosa de sus derechos a la vida.

Estos conceptos nuestros, muy sinceros, han constituido generosa orientación de estudios anteriores al presente. Muchos años antes que nosotros, el malogrado Rector de esta Universidad Dr. Javier PRADO Y UGARTECHE había dejado oír su voz, plena de autoridad y de nobles propósitos, en favor de la raza cuyas huestes victoriosas pasearon un día por estas tierras de América.

Poco nuevo representa esta contribución nuestra al estudio de la raza india: ella constituye el personal tributo que ofrendamos al conocimiento de problema cuya más acertada solución se halla vinculada estrechamente al porvenir de la nacionalidad: ella representa la primera contribución psicopatológica al estudio de la raza india y puede servir de base modestísima a investigaciones ulteriores que, altos sentimientos de humanidad y de patriotismo imponen, a título de deber ineludible, a los elementos nuevos, a aquellos que, ávidos de saber y pletóricos de generosos entusiasmos, llaman, año a año, a las puertas de esta vieja y gloriosa casa.

II

Tan inseparable compañera de la vida como lo es el dolor, tal vez si por representar una forma intensa del dolor, la *locura* acompañó a la humanidad, así en sus primeros y tímidos pasos de las viejas edades como en los vertiginosos con que ella recorre su sendero en los tiempos contemporáneos. Desviación de la *normalidad*, ella evolucionó a la par que ésta y de ésta tomó aquellas características correspondientes al momento de vida social en que ella aparecía; mudando de formas con el mudar de los tiempos; pero conservando como elemento basal el hecho de la *desviación*.

La *locura*, sombra de ese cuerpo gigantesco que es la humanidad, no perdonó a pueblo alguno y en este su daño implacable no excluyó ni al pueblo *escogido*, en las páginas de cuya historia ha logrado descubrir la hermenéutica psiquiátrica manifestaciones interesantes y numerosas de morbosidad mental. Nada de particular que la locura se contase en el número de los dolores que afligieron a los habitantes del primitivo Perú desde aquellas remotas edades en que la mitomanía amable de MANCO logró reducir a la unidad de gobierno y de religión a las numerosas tribus cuyo conglomerado político constituyó el *Imperio de los Incas*.

El estudio de la cerámica, de los idiomas primitivos, del *folk-lore*, de la leyenda y de la tradición, ha permitido reconstruir, en cierto modo, las características principales del ambiente incano y esta reconstrucción ha demostrado la existencia, entre los habitantes del primitivo Perú, de representación cumplida de los factores predisponentes o determinantes de la alienación mental.

Efectivamente, los factores *tóxicos* se hallaban representados por la bebida favorita, la *chicha*, cuya toxicidad alcohólica era aumentada por el agregado de carnes de animales, sustancias capaces de contribuir a la producción de principios de tan grave toxicidad como las *ptomainas*. Hallábanse representados, además, por la hoja sagrada de los Incas, la *Coca*, respecto a cuya nocividad no cabe discusión formal, y por el empleo, muy generalizado de algunas sustancias de origen vegetal, dotadas de propiedades estupefacientes y cuyo rol en la génesis de la alienación mental no puede ser puesto en tela de juicio.

El factor *infeccioso* se hallaba representado también en la historia de los incas: prescindiendo de la muy interesante discusión en torno a la sífilis y dejando de lado, por consiguiente, el origen precolombino de esta enfermedad, todos los autores están de acuerdo al manifestar que los primitivos peruanos conocieron, como lo afirma GARCILASO, la *febre*, a la cual llamaron RUPA y cuyos elementos sintomáticos conocieron bien. Y debemos hallarnos autorizados para pensar que la fiebre fué entonces, como lo es al presente, etiqueta indiscutible de reacciones defensionales del organismo humano frente a frente de la acción morbígena de agentes infecciosos diversos.

Por último, existió entre los antiguos peruanos, el factor *psicógeno*; factor de tan antigua existencia como la humanidad misma y que debió adquirir considerable intensidad entre los indios del Perú primitivo, cuyo panteísmo era de naturaleza tal, que bastaba por sí solo para determinar en la masa un vivir ansioso, en temor eterno de agravio a las múltiples divinidades y en perpetua solicitud de los favores de las mismas.

Muchas de las formas de la alienación mental son constatables en la historia de los primitivos peruanos: desde el delirio febril cuyo contenido angustioso turbara los últimos momentos de HUAYNA CAPAC hasta la coreomanía epidémica que, con el nombre de *taqui oncoy*, recorrió el vasto imperio; desde las desviaciones de la actividad sexual prodigamente representadas en la cerámica *chimú* hasta los amores megalomaniacos del *Ollanta*. Aparte estas manifestaciones de la morbosidad mental, la división existente en los idiomas primitivos entre la locura congénita y la locura adquirida; entre el hombre que nace loco y el hombre que enloquece, constituyen buena prueba de la existencia de la alienación mental entre los primitivos peruanos.

III

La investigación estadística que hemos llevado a cabo en los libros del archivo del extinguido "Hospicio de Insanos" de Lima, demuestra, primeramente, la rareza de los representantes de la raza india en las cifras totales de ese establecimiento, durante un período de tiempo comprendido entre los años 1859 y 1917. Durante estos cincuentiocho

años, los sujetos de raza india sólo alcanzaron un total de 535, ocupando el tercer lugar en relación a la raza blanca, que ocupa el primero; al elemento mestizo, que ocupa el segundo, y a las razas negra y amarilla, que ocupan los lugares cuarto y quinto, respectivamente.

De los dichos 535 sujetos de raza india, 303 fueron varones y 232 mujeres.

Los mayorés contingentes de alienados de raza india correspondieron a los departamentos de Lima (32 %), Junín (14.31 %), Arequipa (9.34 %), Ancash (8.54 %), Ica (5.36 %), Puno (4.96 %), La Libertad (4.37 %), Ayacucho (3.97 %), Piura (3.57 %), Cuzco (2.98 %).

La mayor frecuencia de la enfermedad mental correspondió a la edad comprendida entre los 16 y los 20 años (18.80 %), y entre los 21 y 25 años (18.20 %). Correspondió, asimismo, a los solteros (74.27 %), a los analfabetos (50.21 %), a los católicos (100 %).

De las formas de enfermedad mental fueron las más frecuentes las *psicosis tóxicas*, con 124 enfermos (23.17 %); la *psicosis maniaco depresiva*, con 114 enfermos (21.88 %); la *epilepsia*, con 67 enfermos (12.85 %); la *idiocía*, con 33 enfermos (6.33 %). La *demencia paralítica* alcanzó una representación modestísima: cinco enfermos, o sea un 0.93%.

De los 535 sujetos a que se refieren nuestras cifras, salieron del hospicio 237 (44.29 %); fallecieron, 202 (37.75 %); se evadieron, 11 (2.05 %); quedaban en el hospicio, al terminar el año 1917, 85 (15.88 %).

IV

Estas cifras reclaman algunas aclaraciones y exigen algunos comentarios.

No existe al presente y por ello es de creer que no existió en el pasado, una conveniente severidad en la asignación de la etiqueta etnográfica en las investigaciones estadísticas: un espíritu de mal entendida benevolencia restringió la etiqueta etnográfica india, considerándola como lesiva a la dignidad de los sujetos. Y por este motivo, que tanto tiene de pueril escrúpulo, hemos hallado frecuentemente considerados como sujetos de raza blanca a sujetos de muy ostensible etiqueta etnográfica mestiza. En otras ocasiones, se vaciló en la determinación de la etiqueta etnográfica entre la

india y la mestiza, ya no por pueril benevolencia sino por ignorancia de los caracteres fundamentales de cada una de ellas.

Es conveniente poner en evidencia estas circunstancias, porque ellas han podido influenciar las cifras que hemos presentado, haciéndolas menos considerables de lo que fueron efectivamente.

¿Cómo explicar esta menor frecuencia de la alienación mental en la raza india, cuyo eupsiquismo magnífico ha sostenido, entre otros estudiosos, el Dr. ENCINAS?

En la interpretación de las cifras correspondientes a los alienados de raza india, debemos tomar en consideración algunos factores que contribuyen, indudablemente, a explicar esta parquedad de representación de la raza india en las cifras totales de la alienación mental en el Perú.

La rareza de alienados de raza india acusada por las cifras que hemos expuesto, pudiera ser tomada, con alguna ligereza, como expresión del hecho insólito representado por la existencia de una raza que se substraen al daño de la locura. Desgraciadamente, esta hipótesis, que ha contado con algunos devotos, así antiguos como modernos, es fácilmente contestable. La raza india no está al presente, como no lo estuvo en el pasado, a cubierto de los factores etiológicos de la alienación mental, muchos de los cuales actúan sobre ella más rudamente que sobre los demás grupos étnicos de nuestra población. Presentes las causas, nada justificaría la ausencia de los efectos, ya que no sería bastante a justificarla la especial contextura psicológica del indio, en cuanto de ella conocemos.

Un hecho contribuye a explicar la rareza de la alienación mental en las cifras estadísticas que comentamos y permite establecer que más real que esa rareza de la alienación mental entre los indios es la rareza de asistencia de los indios víctimas de la locura: Tanto en Lima, sede del único establecimiento de asistencia de alienados con que cuenta el Perú, como en nuestras provincias, la asistencia hospitalizada de los alienados sólo tiene lugar cuando estos han sobrepasado los límites de la que pudiéramos llamar *tolerancia social* de las reacciones del alienado. Cuando la enfermedad mental reviste caracteres tales que ponen en peligro la estabilidad familiar o social, es cuando se llega a la conclusión empírica de la necesidad de internación del enfermo. Por este motivo se substraen al beneficio de la oportuna asistencia

manicomial sujetos cuyas formas de enfermedad les hace tolerables en la vida común, aun en ausencia de la tutela social y legal que en otros países se les acuerda.

Esta tolerancia respecto a las manifestaciones de la enfermedad mental explica la pequeñez de las cifras de alienados de raza india asistidos en el antiguo Hospicio de Insanos. Quienes han visitado nuestra sierra han podido apreciar, seguramente, el número no pequeño de alienados que viven libremente, huérfanos de asistencia y de tutela. Etiquetados en los departamentos del centro de la República con el nombre keshua de *Opa*, tolerados piadosamente unas veces y torpemente explotados otras, muchos débiles mentales viven en nuestras poblaciones de sierra la triste vida de su fragilidad psíquica y hacen otro tanto aquellos enfermos cuya alienación mental, falta de las solemnidades de la agitación agresiva, constituye objeto de hilaridad para quienes contemplan al alienado exclusivamente en su máscara de anómalo y no le contemplan en el gran dolor de su desviada o inactual actividad psíquica.

Respecto a la contribución diversa aportada por nuestros departamentos, tampoco es posible deducir de ella conclusión definitiva alguna: Careciendo, como carecemos desgraciadamente, de un censo moderno, no nos es posible establecer la relación existente entre las cifras de alienados y aquellas de pobladores. No obstante, llama la atención, en lo que a la raza india se refiere, el hecho de que la frecuencia de la alienación mental parece guardar una relación muy íntima con las facilidades de comunicación de nuestras diversas regiones. Al departamento de Lima le siguen, en orden de mayor contribución a las cifras totales de la alienación mental, los departamentos de Junín, Arequipa, Ancash e Ica: el primero está unido a la capital por la cómoda vía férrea de la Oroya, los otros lo están por vía marítima rápida y fácil. En cambio, los departamentos de montaña, cuyas vías de comunicación dejan mucho que desear todavía, ofrecen contribuciones pequeñísimas, tanto que, durante 58 años de asistencia manicomial, sólo han ingresado al Hospicio de Insanos de Lima, dos sujetos de raza india procedentes del departamento de Loreto.

La mayor frecuencia de la alienación mental en la raza india ocurre entre los 16 y los 25 años, siendo así que, en el resto de nuestra población, ella tiene lugar entre los 21 y los 30 años. Entre las explicaciones aceptables de este hecho

puede invocarse el de la época precoz en que el indio inicia su contribución a la obra colectiva: es, efectivamente, en edad muy temprana que el indio es arrastrado a la lucha por la existencia. Es en plena infancia que nuestra presente organización social coloca al indio frente a frente de la vida, con sus dificultades y conflictos; y le coloca huérfano de elementos adquiridos de defensa, entregado por entero a la acción defensiva de aquellas aptitudes que constituyen el acervo moral de la especie. La urgente necesidad del indio de aportar su personal concurso a la vida familiar, le arrebató prematuramente a las dulzuras y halagos de la infancia. En época de la vida en que los niños de las otras razas adquieren en sus juegos y en su estudio verdadero tesoro de actividades destinadas a un grato rendimiento; en esa época en que precisa que el niño juegue mucho y adquiera mucho y con el menor esfuerzo, el indio es obligado al rudo trabajo muscular, a título de inicio de su personal participación en el vivir miserable de la familia.

La mayor contribución aportada por los indios solteros a las cifras de la alienación mental, no debe sorprendernos. Aun en la lamentable ausencia de un censo general, cabe afirmar, con probabilidades de acierto, el hecho parcialmente evidenciado por algunos estadígrafos—EYZAGUIRRE entre ellos—del predominio considerable de la soltería entre nuestros indios, para quienes continúa siendo forma preferida de unión sexual aquella exenta de la sanción civil o religiosa. Devotos del amor libre, en cuya devoción llegan hasta el aprovechamiento de prácticas de remoto origen incano, nuestros indios no contribuyen voluntariamente al incremento de las cifras de matrimonios. De modo que esta circunstancia no debe ser olvidada en la interpretación de este mayor porcentaje de solteros que, por otra parte, corresponde, con una cierta hipérbole numérica, a los mayores porcentajes de solteros en las estadísticas psiquiátricas de todo el mundo.

El porcentaje de analfabetos entre los alienados de raza india es, probablemente, bastante inferior al porcentaje de analfabetos en la raza entera, hecho que tendría una explicación aceptable en la invocación hecha por tantos autores respecto a los daños causados por la civilización en general y por los factores de ésta—la instrucción en el número de ellos—en particular.

Resultan engañosas las apariencias de los resultados es-

tadísticos en cuanto estos se refieren a las manifestaciones de la morbosidad mental. La frecuencia de las formas *tóxicas* fué axiomática para nuestros alienistas hasta el advenimiento en Psiquiatría de las doctrinas psicoanalíticas y hasta la introducción, en la nomenclatura psiquiátrica, de la *Demencia Precoz*. Aparte de ello, la ausencia casi absoluta de elementos de investigación biológica en el viejo Manicomio del Cercado, había contribuído, asimismo, a incluir en el número de las antiguamente llamadas psicosis tóxicas a subetiqueta alcohólica principalmente, cuadros sindromáticos perfectamente etiquetables como trastornos de origen avariósico en la actualidad fácil de definir convenientemente. Todos estos motivos aconsejan considerar, con algunas reservas, las cifras que arroja el examen de los libros del extinguido Manicomio: en muchas etiquetas francas de intoxicación alcohólica es posible leer, a despacho de la pobreza de informaciones inherente a la historia clínica estática que se adoptó en el Manicomio del Cercado, elementos suficientemente importantes para justificar el diagnóstico de *Demencia Parálitica*, en unos casos; de *Demencia Precoz* y de *Psicosis maníaco depresiva*, en otros.

El destino de los alienados de raza india internados en el Manicomio del Cercado ofrece cifras verdaderamente sorprendidas. Hay en ellas un porcentaje de curaciones que representaría una ventaja enorme en favor de la raza india; ya que es superior al muy lisonjero porcentaje de curaciones alcanzado en el Asilo "VÍCTOR LARCO HERRERA" y a los más halagadores porcentajes de curaciones logrados en los mejores Asilos del mundo. Pero, antes de conceder a tal porcentaje el significado de una evolución singularmente favorable de la enfermedad mental en la raza india, debemos tomar en consideración el hecho de que están incluídas forzosamente en dichas cifras las correspondientes a sujetos que reingresaron a continuar un tratamiento interrumpido o que fueron considerados como curados siendo así que sólo ofrecían las engañosas apariencias de tales que suelen ofrecer las enfermedades mentales en el curso de sus períodos de remisión.

V

Faltan, en las cifras estadísticas que hemos pasado en revista, muy ligeramente, en nuestro propósito de no fatigar

la atención de auditorio que tanto nos obliga escuchándonos benevolamente, algunas representaciones de la enfermedad mental que hace sus víctimas entre los indios y cuyo daño es evidente aun en ausencia de la comprobación estadística.

Diseminados en nuestro vasto territorio existen numerosos centros bociógenos, de la existencia evidenciada por las observaciones de geógrafos y viajeros y que han constituido argumento de investigación científica llevada a cabo por LORENA, VALDIZÁN, MONGE y GUZMÁN BARRÓN. Trátase de centros en los cuales la gran mayoría de los pobladores, cuando no la totalidad de ellos, ofrece trastornos graves y múltiples de la glándula tiroides, siendo la más frecuente de ellas el bocio, el *coto*, para emplear el término nacional. Localidades existen en nuestro territorio como el distrito de Santa María del Valle, en el departamento de Huánuco, en que los bociosos o cotosos ofrecen, en hecho de hipertrofia de la tiroides, toda la gama de dimensiones, desde aquellos sólo perceptibles por la educada mirada del médico o por otros elementos de examen hasta aquellos perceptibles por el profano, tratándose, en algunas ocasiones, de tan considerables hipertrofias que permiten a los enfermos rechazar el bocio hacia sus espaldas, como es posible hacerlo con los vuelos de una bufanda.

Puedo y debo ser lacónico respecto al grave significado de estos centros bociógenos: ellos representan perpetuación de condiciones de ambiencia y de vida propicias al mantenimiento de un verdadero estado de dispsiquia colectiva y de condiciones rudamente favorecedoras del desmedro espiritual de las generaciones por venir. El problema es de tanta gravedad que países densamente poblados, Alemania e Italia entre ellos, han llevado a cabo labor activa y enérgica de lucha contra los que se considera agentes causales del bocio y del cretinismo.

Se ha dicho bastante respecto a la alcoholización del indio y, en no pocas oportunidades, se ha pretendido establecer la inocuidad de la bebida tradicional, de aquella *chicha* que en tanta estima tuvieron los primitivos habitantes del Perú. Se ha dicho que ella constituía un alimento y que su pobreza alcohólica era un exponente de su inocuidad frente a frente del sistema nervioso en particular y del organismo en general. Los estudios experimentales han arrojado alguna luz sobre este asunto. Las muy interesantes investiga-

ciones llevadas a cabo por el Dr. CAVASSA han demostrado que si la chicha es, efectivamente, una bebida pobre en alcohol, tanto más pobre cuanto más reciente es su preparación, los indios disponen de recursos que elevan en proporción considerable su toxicidad, sea agregándole otros alcoholes, como el aguardiente de caña, sea agregando a la chicha productos animales cuya putrefacción daría lugar a la formación de verdaderas ptomainas, productos de la más alta toxicidad; sea, por último, adicionando la chicha de algunos vegetales dotados de propiedades estupefacientes de acción selectiva sobre el sistema nervioso. En estas condiciones, la chicha pierde su inocuidad y se convierte en factor intenso de alcoholización que debe ser tributario de la misma obra social de lucha de que es objeto el alcoholismo en general.

Factor vecino a este del alcoholismo es el de la *cocomanía*—conviene así llamarla para diferenciarla de la *cocainomanía* de la frágil sociedad contemporánea—en torno a cuya práctica ha existido también una vieja tradición, según la cual la *toma de coca* constituiría más que práctica nociva un procedimiento eficaz de nutrición cómoda, de restauración sencillísima de las energías agotadas por el esfuerzo. No son pocos los autores—no médicos, debemos declararlo—que consideran *calumniosos* los cargos formulados contra el empleo de la hoja divina de los Incas. Para ellos se trata de la hoja mágica que permite al indio sufrir en silencio el daño de la fatiga y las molestias del hambre; para ellos representa la coca el alimento ideal y constituye la verdadera clave de las admirables condiciones del indio ante la acción nociva del medio en el cual actúa.

Sólo que los panegiristas de la coca, quienes ven en ella todo género de ventajas y no le reconocen inconveniente alguno, no recuerdan o no desean recordar que la acción estimulante de la coca, aquella evidente, experimentalmente comprobada, que permite al indio realizar esfuerzos que tan en justicia llamaron la atención de viajeros de la finura de observación de RAIMONDI, se ejercita sobre el sistema nervioso y que este sistema, eternamente estimulado, perennemente sometido a una acción excitadora intensa, debe sufrir fatalmente los daños derivados de este ritmo artificialmente impuesto.

Hace algunos años exhibí ante el Supremo Gobierno mis puntos de vista respecto al cocainismo de la raza india pe-

ruana y, en el número de las conclusiones provisionales de aquella nota preliminar, concedí un rol, a la cocomanía del indio en la explicación de sus lamentables condiciones de vida presente. Cabe ampliar la interpretación.

Si la *cocomanía* representa un camino de selección; si ella constituye el trágico sendero de eliminación de una raza inhábil para vivir y que está irremisiblemente condenada a desaparecer por la razón tan suprema como cruel de su fragilidad, precisa pensar en cuán estéril sería el generoso empeño que tendiese a evitar la catástrofe final.

Pero si consideramos que la cocomanía—como las toxicomanías todas—sólo representa la manifestación sintomática ostensible de procesos mentales de una grandísima complejidad: era la evitación cobarde de la solución radical de un problema de vida; era la lucha cruenta entre los anhelos reprimidos de la subconciencia y los dictados despóticos de la conciencia, podremos sospechar que existen en la raza india—como ocurre en las demás razas—aquellos factores esencial sino exclusivamente psicógenos, de la alienación mental, cuya influencia perniciosa es posible combatir y, en no pocos casos, evitar.

VI

Durante cinco años de observación de alienados en el Asilo Colonia "VÍCTOR LARCO HERRERA", he concedido especial atención en el curso de mis investigaciones, a los alienados de raza india.

Si bien, desde un punto de vista general, he llegado a conclusiones en un todo semejantes a las establecidas por el profesor MOREYRA, de Río de Janeiro, mis conclusiones difieren en algo de aquellas a que llegara el ilustre alienista brasileño. Como MOREYRA he constatado el hecho de que el trópico no ha influenciado los síndromes psiquiátricos, ni ha logrado imprimirles sello especial alguno que pudiese justificar la creación de una *Psiquiatría Tropical*. Aun más, algunos síndromes psiquiátricos vinculados a enfermedad tan genuinamente peruana como la enfermedad de CARRIÓN, nada de particular ofrecen, ya que sus tipos delirantes son perfecta y legítimamente incluibles en el número de los delirios febriles y de aquellos producidos por agotamiento.

Pero he observado el fondo psicológico de los trastornos mentales del indio y en ese fondo, que es el elemento diferencial entre el misticismo de un católico y el de un mulsumán; en ese fondo que es una nota diferencial entre la megalomanía del rústico y aquella del culto, he podido realizar observaciones no desprovistas de interés.

El predominio del fondo depresivo de las psicopatías del indio, justifica, en cierto modo, la tradición sostenida por médicos cronistas en relación a esta benignidad de los síndromes mentales en el Perú Colonial. CALANCHA, entre los historiadores, y UNÁNUE, entre los médicos, habían sostenido la rareza de la *locura furiosa* en el Perú incaico y en el de la colonia: los hechos observados parecen concederles razón.

Para quienes hemos hecho vida de asilo en Europa y hemos podido asistir a los cuadros solemnes de la locura en sus graves manifestaciones motoras; para quienes hemos observado de cerca el cuadro de motora aparatosisidad que ofrece en Europa la agitación maniaca, por ejemplo, no deja de ser una sorpresa el aspecto relativamente benigno de tal agitación entre nuestros alienados de raza india. Nuestros grandes agitados pertenecen a las otras razas.

La depresión es nota dominante en el indio alienado y es tan íntima que aun hace vida intensa en el mundo misterioso de la subconciencia, allí donde viven en libertad todas las ansias de compensación generosa a los dolores y a las dolorosas inferioridades de la vida. Aun en esa subconciencia, misterioso albergue de todos los intentos de revindicación y de todas las fantasías de dominio, puede observarse en el indio, en algunos casos, la tristeza enorme de la lamentación de la quena: algo de aquel gran dolor que, en la imponente apacibilidad de la noche de sierra, expresa el yaraví.

Esta circunstancia explica la modalidad particular de ciertos síndromes mentales en el indio: su *megalomanía*, por ejemplo, es, con gran frecuencia, por razón de este fondo depresivo, mucho más *incompleta* que lo es en los megalomaniacos de las otras razas. En la *Demencia Paralítica* expansiva, en esta gravísima enfermedad de la sintomatología dolorosamente irónica caracterizada por la hipóbole amable del bienestar expresada por sujetos cuyo sistema nervioso está herido tantas veces de muerte, este bienestar es de una mayor amplitud en las otras razas que en la raza india. El demente paralítico de aquellas es un venturoso con pocas inquietudes y pocos asomos de amargura en el falso dulzor de

la vida: infinitamente rico, infinitamente hermoso, infinitamente fuerte, vive la casi plenitud de sus maximismos. Pues bien, aun en esta forma psicopática, es perceptible, con gran frecuencia, el fondo psicológico depresivo del indio: su megalomanía es menos completa y está mermada considerablemente por restricciones afectivas que, en las otras razas, no representan el mismo paréntesis doloroso a las alegrías maximistas.

Este fondo depresivo, este silencio de las formas mentales ruidosas en las otras razas, ofrece singular analogía con el mismo fondo constatado por TONINI en los alienados egipcios que tuvo oportunidad de visitar en el Asilo del Cairo. Analogía semejante es la otrecida por el destino de ambos pueblos: tanto en Egipto como en el Perú parece haberse llevado a cabo el mismo fenómeno de paralización de la obra colectiva ante la acción demoledora del elemento conquistador.

Otra de mis observaciones se refiere a la subconciencia del alienado indio. La introducción del *Psicoanálisis* en las prácticas semeióticas y terapéuticas de la Psiquiatría permite llegar, rodeados de seguridad muchas veces, a la intimidad psíquica de los sujetos, a aquel misterioso reducto de tendencias y de anhelos, a las veces herencia de remotísimos antepasados, que sólo se hacen perceptibles en determinadas condiciones de liberación, una de las cuales está representada por la alienación mental, que rompiendo la valla poderosa opuesta por la conciencia, permite que los anhelos aherrajados por ésta y batidos en retirada por ésta, irrumpen en toda su intensidad de cautivos para quienes brilla el sol de la libertad.

En esta subconciencia del indio vive vida intensa el pasado de la raza; aparecen en ella, como al conjuro de práctica taumatúrgica evocadora, los viejos mitos de los incas: el *Padre Sol*, la *Madre Tierra*, el divinizado Puma. Y, en torno a estos núcleos míticos, aparecen sus pintorescos derivados, algunos de los cuales ya ostentan la huella de la predicación evangélica en tierras de América: al número de estos derivados pertenecen el *Machu*, el *Kepke*, el *Huamañi* y el *Auquillo*, mitos de los keshuas; el *Lari lari* y el *Achachila*, mitos de los aymarás.

Una psicosis ha sido la más rica fuente de mis observaciones a este respecto: la *Demencia Precoz*, enfermedad de frecuencia tal que toma para sí el más fuerte porcentaje de

las cifras manicomiales de todo el mundo, inclusive las nuestras, que no escapan a la ley general. En esta enfermedad, cuya identidad de formas clínicas se halla constituida por el fenómeno de la regresión, ontogenética, o filogenética, la mentalidad del sujeto enfermo se *desactualiza* y vive su propio pasado o el pasado de la especie. En el demente precoz de raza india ocurre el mismo retorno y, en buen número de casos, con nitidez admirable.

Una de mis enfermas del Asilo "VÍCTOR LARCO HERRERA" se dice, en sus psicogramas, hija del Sol y esposa del jaguar, a quien ha tomado por esposo para provocar la envidia de la Luna. La Madre Tierra, de acuerdo con la Luna, procura perder a la enferma, y ésta logra superar los peligros derivados de tal asociación merced al poder especial que le ha sido concedido por su augusto padre. Es en virtud de este poder que la Madre Tierra no puede devorarla.

Otro enfermo ofrece lo que, con cierta libertad expresiva, pudiéramos llamar el *complejo* de OLLANTA, para darle un carácter nacional: el sujeto se ha enamorado locamente de la hija de su patrón; ha luchado heroicamente por arrancarse del pecho este amor insensato y no ha logrado su intento. Se ha visto muy pequeño ante la grandeza de su amada y ha procurado entonces la compensación de su inferioridad recurriendo a la escala eternamente niveladora de estos desniveles sociales: la ha hallado en el sumo de unas plantas maravillosas, amable obsequio de una hechicera y cuya mayor virtud es la de inspirar a las mujeres violenta pasión por el hombre que tal zumo posee. El enamorado ha friccionado su piel con el zumo prodigioso y ha podido convencerse de sus maravillosas propiedades: la primera víctima del filtro ha sido una leona: se ha acercado al hombre, ha aspirado el zumo prodigioso y ha nacido en ella tan grande amor por el hombre que no le abandona un solo momento y ha intentado devorar a la aristocrática enamorada.

Otra enferma, india del Norte, ocupa sus ocios en la fabricación de monumentos funerarios que ofrecen más de una analogía con aquellos monumentos del mismo tipo hallados frecuentemente en nuestras serranías y a los cuales se concede un origen incano. Esta enferma asegura que tales monumentos están destinados a guardar los restos de muchos millares de niños cuyos cadáveres permanecen insepultos.

No debo, en esta oportunidad, multiplicar mis observaciones: ellas serán argumento de posterior estudio. Pero si

creo que estas observaciones permiten abrigar la fundada sospecha de la vida intensa que el pasado vive en nuestro elemento aborígen: sea que la regresión que manifiestan los contenidos delirantes que hemos expuesto correspondan al tesoro milenario de la especie; sea que correspondan exclusivamente al pasado del sujeto enfermo.

VII

Si algunos preceptos son aceptables en el estudio del determinismo de la tragedia de la raza, sobre todo tratándose de reconstruir la actitud de ésta en presencia de sus conquistadores, no sucede lo mismo tratándose de la explicación del estado actual del indio.

“La formación de las nacionalidades americanas—ha dicho INGENIEROS—es un episodio de lucha entre las razas para adaptarse a las condiciones del medio; se caracteriza por la expansión de la raza blanca y la extinción progresiva de las razas indígenas”.

Ha sido este, sin duda, el mecanismo de la formación de nuestra nacionalidad; pero en condiciones particulares que interesa señalar.

Puestas en brusco contacto la civilización peruana y la española, en el momento de iniciarse la conquista, se cumplió la ley fatal que regula estos encuentros de civilizaciones diversas y tuvo lugar la derrota inevitable del pueblo más débil, del menos armado, en el momento del encuentro. Pero la civilización peruana no se batió en retirada sino que se rindió incondicionalmente. No fué ella haciéndose lenta y progresivamente más débil, sino que ofreció el espectáculo del agotamiento brusco: hubo en el Perú, como hubo en Egipto, una suspensión brusca, una verdadera parálisis de la actividad colectiva. Y el proceso natural de la amalgama étnica se realizó con desmedro exclusivo de la raza vencida.

A partir de la conquista, el indio parece alejarse definitivamente de la obra colectiva y entregarse resignado a su destino, aceptando aquella participación vital que sus conquistadores quisieron ofrecerle. Pueblo esencialmente religioso, que buscó y halló en su religión las energías necesarias para llevar a cabo sus expansiones territoriales, perdida esta fuente de vigor, juzgándose abandonado de divinidades que hasta ese entonces le llevaron camino de la victoria, de-

bió por fuerza resignarse a su destino. Esta explicación, por mecanismo religioso, de la actitud de los peruanos explica el hecho de la falta de cohesión de que dieron prueba en los aislados intentos de rebeldía contra el conquistador y en la débil resistencia opuesta al paso del mismo.

El régimen colonial mantuvo este estado de cosas; esta misma situación de alejamiento de la raza india y su colocación en condiciones de espectadora sólo pronta a la explotación.

La república no alteró tal situación: se fundaron escuelas cuya obra pedagógica se edificó sobre la base lamentable de enseñanza castellana a sujetos que ignoraban el castellano. No se puso un empeño formal y humanitario en procurar llegar al espíritu del indio por la vía gratísima de su idioma y se prefirió, por economías de esfuerzo o por ignorancia, sujetar al indio alumno a los mismos sistemas de enseñanza empleados para los sujetos de las demás razas. Se intentó poner al indio al amparo de la ley y la ley fué dictada ignorando el número de indios y las características de indios. Se pretendió ofrecer al indio el amparo religioso y este amparo ué edificado también sobre la base deleznable de un desconocimiento de las ideas religiosas de la raza, a despecho de una riquísima literatura teológica de Indias.

Apartado de la obra colectiva, el indio continúa, desde mucho puntos de vista, en su vieja situación de testigo de la obra realizada por los demás grupos étnicos de nuestra población, elemento constante de contribución en cuanto a deberes se refiere, elemento constantemente extraño cuando de ejercicios de derechos se trata.

Refiriéndose a la decadencia de Egipto, ha dicho TONINI: "El ambiente se ha conservado igual; las formas son las mismas y, por ello, no es posible atribuir la decadencia y desaparición de la civilización egipcia sino a causas de índole psicológica. Aquellos corazones que un día latían al unísono con las ideas de sus cerebros, fueron detenidos en su movimiento y en su sincronismo".

Algo semejante ocurrió en el Perú. Rota la unidad ideológica, afectiva, los indios volvieron a la condición en que debió hallarlos el fundador del Imperio de los Incas y se procuraron un refugio a las asperezas de su destino en el retorno a la quietud regional y al cultivo de las tradiciones regionales. Separados por su herencia, por su historia y por sus costumbres, originariamente diversos en el momento de producirse

la aglutinación ídeo-afectiva que lograron producir los monarcas peruanos, desaparecido el agente conservador de esa cohesión, volvió a reinar entre ellos esa falta de unidad honda, a contenido esencialmente religioso, que fué el más sólido fundamento del Imperio de los Incas. Este hecho, rectificado por la observación cotidiana que permite apreciar en un grupo de indios peruanos antes que el *carácter indio* el *carácter regional*, es factor que debe ser tomado en muy seria consideración al hacerse el estudio de los factores determinantes de la venida a menos de la raza.

Los estudios de *folk lore* médico que hemos llevado a cabo el Dr. MALDONADO y yo, demuestran el hecho de esta separación regional de los diversos grupos en que está dividida la raza: en dicho estudio aparece cada región con sus mitos y sus prácticas curativas en éstos inspiradas; y si bien es posible, en algunos casos, establecer la unidad originaria de tales mitos, a despecho de la máscara engañosa de sus aspectos regionales, precisa, en no pocas ocasiones, aceptar la autonomía de tales supervivencias admirables.

VIII

Pudimos pensar, hace algunos años, en la imposibilidad de incrementar nuestras modestas cifras de población merced al beneficio de intensas corrientes inmigratorias. Hoy en día debemos abandonar tales esperanzas y debemos volver la mirada hacia la raza aborígen, cuya incorporación a la actividad nacional representa un imperioso deber inaplazable.

Al servicio de este ideal de incorporación del indio a las satisfacciones y a los esfuerzos de la obra nacional, sólo hemos ofrendado, hasta el presente, el fruto de intuiciones amables y de personales observaciones generosas. Hemos recorrido, en plazo demasiado largo, el período *empírico* del estudio del indio; hemos permanecido satisfechos en posesión de los resultados obtenidos por observadores que no sujetaron sus empeños a pauta uniforme alguna y que, por esta circunstancia, nos ofrecieron resultados a las veces contradictorios: plenos de optimismo, en ocasiones y, en ocasiones plenos de pesimismo desconcertante.

Precisa abandonar el viejo árido sendero *empírico* y entrar, serena y confiadamente, en el período *científico*.

co del estudio de la raza nuestra. La Psicología moderna dispone de elementos de orden experimental que hacen posible llegar al conocimiento exhausto del sujeto y de las agrupaciones humanas, aun de aquellas que, como la raza india, aparecen heroicamente defendidas por máscaras ostensiblemente impenetrable.

No esperemos que el ambiente evolucione hacia la dulzura y la piedad en el trato del indio; no esperemos que la ética colectiva adquiera tal grado de perfección que cada uno de los hombres de las demás razas se convierta en educador paciente y afectuoso del indio. Procuremos colocar al indio en aptitud de defenderse por si mismo de las rudas agresiones del ambiente y en situación que le permita el mejor aprovechamiento de los derechos que la Ley le acuerda a título de compensación a los deberes que le tiene impuestos. Sólo entonces la raza vencida y humillada podrá alcanzar aquella que SIGHELE llama la "gloria anónima de las multitudes", la gloria de procrear, aun sin saberlo, el genio capaz de conducirla camino de la victoria.